



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12120

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jere.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
a 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 9 DE ABRIL DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MAL PRINCIPIO

Apenas inaugurada la tempora-
da taurina, ya hay que lamentar
percances de importancia sufridos
por los toreros más famosos. En
la capital sevillana, cuna de la lo-
rería, donde se han consagrado mu-
chos lidiadores, confirmados luego
en el cose madrileño, cayó el pri-
mer día de la temporada el espada
Montes, torero de empuje que es
una esperanza de los aficionados.
Al siguiente día aumentose la lista
con otras dos desgracias en Ma-
drid, y seis días después, en esta
última plaza, presencié emocionado
el público el horrible espectá-
culo que ofrece un torero volteado
por un toro.

Estamos al principio y ya ha cor-
rido sangre en abundancia; y si
así empieza la fiesta nacional, ¿qué
va á ocurrir cuando se entre en
cañal y cada domingo y cada lunes
se celebren por cientos las corridas?

Las fiestas de toros llevan apa-
rejados muchísimos peligros. Ya se
ve por las muestras que ofrecen
son los primeros. Pero los riesgos
crecen con la ignorancia y hay en-
tre la gente de coleta muchas nul-
dades que apenas conocen los ru-
dimentos de eso que se ha conve-
nido en llamarlo, no sabemos por
qué, arte de torear.

No hay tal arte para la mayoría
de los que empuñan la muleta y la
espada; lo que hay es ambición,
deslumbramiento; los toros llevan
en los cuernos la fortuna y á
arrancársela se arrojan decididos
numerosos suicidas, exponiendo al
público á presenciar una calás-
trofe.

Más arriesgado que lidiar toros
con muleta y espada, es la suerte
que ha hecho célebre á Don Tan-
credo. Esperar un miura á pié fir-
me; verlo cómo se acerca rápido y
sentir el calor de su aliento en las
carnes, es cosa que da miedo pen-
sarlo; y sin embargo, Don Tancre-
do ha tenido imitadores y aun imi-
tadoras, seres alucinados que han
jugado la vida á cada instante por
el afán de poseer dinero.

En la fiesta nacional se impone
una reforma. Lo pide un deber de
humanidad que no es posible des-
oir. Es necesario poner freno á la
libertad de matar toros, porque
una cosa es lidiarlos como manda
el arte—vaiga la palabra ya que
esta admitida—y otra cosa es pe-
lear con las fieras á brazo partido.

Cómo se evita eso lo ignoramos.
Confesamos con toda ingenuidad
que no se nos alcanza; pero en
presencia del aumento terrible que
ofrecen las estadísticas de desgra-
cias en las plazas de toros, surge
el convencimiento de que hay que
hacer algo para reducirías.

Las desgracias propiamente di-
chas, tolerables son, aunque sean
sensibles. No hay oñcio que esté
exento de ellas; pero las provoca-
das imprudentemente, á sabiendas
de que se han de producir, es cosa
que no se debe tolerar mas tiempo.

TIJERETAZOS

«La Patria», (el periódico de Bilbao, no
hay que confundir) relata la última sesión
de aquel ayuntamiento, y en un descuido
ha asumado la oreja.

Ahi va ese párrafo para que vean los
lectores las aspiraciones que se traen los
nacionalistas vizcaínos.

«Uno preguntó si estábamos en el Tri-
bunal de la Inquisición (ojalá señor Carre-
tero)».

Que les parece á ustedes el daseo de «La
Patria».

¿Será liberal el periodiquito, que echa de
menos el Santo Oficio?

Ahora me explico que vaya achicándose
y que se destile su vida en la mayor indif-
rencia.

El periodiquillo viene hecho una furia.
Como todo se le va en predicar en de-
sierto, lo emprende con los suyos,—sus pa-
isanos—y les dice, en general, pues confiesa
que hay excepciones valiosísimas aunque
muy contadas:

«Mas estos vascos degenerados (sin du-
da no les llama *baskos* por no creerlos dig-
nos) dirán á los que guardan la tradición
de sus mayores, á los nacionalistas: ¿á que
exponerme, como vosotros, á las iras del
poder y á los denuestos de nuestros con-
ciudadanos, consagrándonos á la difusión
de doctrinas que precisamente nos coloca-
rían á las puertas de las cárceles y nos ex-
pondrían á los rigores de los mismos epu-
lentos de Euzkaria?

¿De las cárceles ó de los manicomios?
No hay que confundir.

Lo que áca de sus cañillas al colega es
que no le hagan caso.

Este le enfurece y pone en su boca estas
palabras que dirije á sus propios paisanos:

«Si en vez de hombres ó mujeres sois...
¿lo diré? sois gallinas, comportemos siqui-
era como gallinas; no vayais con la avanza-
da, no os singularicéis, no despertéis las
sospechas de nadie que pueda dañaros, no
obreis activamente.»

Justo; sed hipócritas y obrar como tales.
¡Vaya unas ideas y unos consejos que se
trae el papel!

EL SHAH DE PERSIA

Las indicaciones diplomáticas han pue-
sto de relieve la frescura del Shah de Persia
para agenciarse algunos fondos en Europa.

Parece que hace tiempo el monarca orien-
tal levantó en Rusia un empréstito á cam-
bio de una autorización al Czar para cons-
truir en Persia un ferrocarril.

Agotado el dinero, y bajo pretexto de
emprender este verano un viaje á Europa,
el Shah ha vuelto á pedir dinero al Czar,
y éste se le ha otorgado con la expresa con-
dición de abstenerse durante su viaje de
visitar Londres.

Al soberano persa le ha parecido dema-
siada la exigencia y poco el dinero, y en
su vista ha pedido dinero á Inglaterra, que
se lo ofrece sin tasa si se abstiene de visi-
tar San Petersburgo.

Complacidísimo el Shah, ha aceptado, y
en su viaje á Europa pasará una semana
en Londres, del 13 al 20 de Julio, pero
no pondrá los pies en Rusia.

Los ingleses se proponen, á lo que pare-
ce, asegurar su preponderancia en el Golfo
Pérsico, si el Shah continúa pidiendo dine-
ro, acaso la adquisición de Bender Abbas.

RETROCESO

Oíamos la cuarta conferencia del padre
Melchor y nos preguntábamos á nosotros-
mismos si era el mismo filósofo, el mismo
geólogo, el mismo hombre que habíamos
tenido el placer de escuchar durante tres
noches consecutivas.

¿Será que su vasta inteligencia se haya
fatigado por el esfuerzo continuo? ¿Será li-
gero desfallecimiento de la naturaleza hu-
mana, sujeta al cansancio y la fatiga? ¿Se-
rá que del continuo esfuerzo del discurrir,
el cerebro pida descanso como lo solicita el
cuerpo por la fatiga muscular?

No; no es nada de eso el cambio que
anoche experimentó el orador sagrado. Es
que, desde el terreno segurísimo de la
ciencia exacta, de esa ciencia que nos lleva
como de la mano desde el conocimiento
rudimentario de la unidad á las más subli-
mes concepciones del espíritu humano;
que tiene contestación precisa y fija para
todo lo que se le pregunte, habíamos pasa-
do á un problema cuyos datos no son fijos;
no son más que hipótesis más ó menos
fundadas.

Que el mundo puede aniquilarse! Que
todo lo que tuvo un principio debe tener
un fin! Es una hipótesis que se funda en
hechos demostrados y que no se opone á
ninguna de las verdades conocidas. Por-

que precisamente las hipótesis para ser ad-
mitidas no se han de oponer á los princí-
pios establecidos por las demás ciencias, y
deben explicar perfectamente los fenóme-
nos para los cuales han sido creadas.

Por lo tanto, lo que tuvo y lo que tiene
un principio, debe tener un fin; y lógico
es que si el mundo tuvo un principio, fue-
ra el que fuera, y se compuso de una pri-
mera sustancia, esta, sujeta á todas las le-
yes naturales, se ha de aniquilar por des-
gaste, por lo que sea, y por lo tanto el ser
humano, constituido por materia, ha de
tener fin como ser material.

Y aquí creíamos que el orador entraría
de lleno en el problema de la vida y en el
problema de la muerte.

Para nosotros no cabe discusión en la
existencia de nuestro yo inmortal; de
nuestro yo sujeto consciente y pensante;
en nuestro yo distinto de la materia; en
nuestro yo como esencia vital. Por lo tanto
no se nos puede tachar de materialistas,
ni de positivistas. Reconocemos un espí-
ritu que nos hace pensar, aparte de los cál-
culos que tienen por misión la función del
pensamiento.

Para demostrarnos que somos mortales,
esto es que nuestra materia encumbirá y
desaparecerá, no tenemos que recurrir al
silegismo tan conocido de «todos los hom-
bres son mortales; yo soy hombre, luego
soy mortal».

Pero hoy, y desde el principio del mun-
do, se han dividido el terreno de la filoso-
fía, en este punto, dos escuelas opuestas:
la materialista que sostiene el principio fi-
siológico de que la vida termina por la ce-
sación de la función de los órganos, y la
espiritualista de que la vida no termina
con la muerte del cuerpo, puesto que el
espíritu sigue viviendo la vida espiritual.

Y cuando esperábamos tener el gusto de
escuchar al padre Melchor, disertando so-
bre los temas de ambas escuelas, refutando
la teoría materialista, que no admite
más que fuerza y materia, y aclarando el
problema de la muerte, tenemos la desilu-
sión de no escucharle otra cosa que las ge-
neralidades comunes que el vulgo sin in-
strucción dice y una historietta de uno de
sus viajes por mar, y otro cuento sobre la
muerte de un fanático contra el sacerdote,



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



180 LOS CRUZADOS

Matzko no se opuso á que descansara la joven y
mandó que se prepararan los soldados.

Zbshko, que no se había separado de la cabaña, á
medio día tomó la mano de la joven y la acarició ex-
clamando:

—Danusia; no me reconoces?
Su voz despertó á la joven que dijo:

—Zbshko!

—Ya no estás prisionera. Te he libertado y nos va-
mos á Spiohov.

Danusia desasó su mano de la del caballero y mur-
muró:

—Todo se debe á que mi padre no bendijo nuestra
unión. Dónde está la princesa?

—Lejos de aquí.

La joven murmuró:

—Me han quitado el latá y lo han roto.

—Dios mío! exclamó Zbshko; que advirtió la mi-
sada extraviada de la joven. Pensó que Danusia deli-
rada y padeció por ella.

—Danusia, dijo, me oyes?

—Mia murmuró:

—¿Qué! Tengo sed.

—Dios mío!

Zbshko salió de la cabaña y estuvo á punto de de-
rribar á Matzko que venía de vncarlo.

—¿Qué! gritó corriendo hacia un arroyuelo.

181 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

Un momento después velvia con un cacharro lleno
de agua. Danusia bebió con avidez.

—¿Tiene fiebre? preguntó Matzko.

—Si.

—Comprende lo que le hablan?

—No.

—¿Qué debemos hacer?

—No sé.

—Sólo Dios...

Danusia que les miraba, dijo:

—No os he hecho daño, tened piedad de mí.

—Pobre niña! exclamó Matzko. Y añadió:—Es inú-
til estar más tiempo aquí. Ponla en la litera y mar-
chemos.

Deciendo estas palabras salió de la cabaña; pero
quedó petrificado.

Muchos soldados, armados de piosas y alabardas
avanzaban hacia él.

—Los alemanes! profirió Matzko, desenvainando la
espada.

El gigantesco Arnolde se acercó:

—La rueda de la Fortuna gira siempre: antes era
prisionero vuestro, ahora lo sois mío.

Y miró con altivos al caballero.

No es que fuera malo; pero como la mayoría de los
hombres era humilde con los soberbios y altivo con
los débiles.

184 LOS CRUZADOS

dos con Danusia. Entonces Wolfgang reconoció que
Matzko estaba en lo justo tratando de vengarse.

El polaco terminó diciendo lo que le había pasado
á De-Lova y que de fijo recibiría en Spiohov un casti-
go adecuado á sus culpas.

—Y Danusia? Qué haréis de esa desdichada?

—Poco me importan las mujeres, dijo Wolfgang.

Acompaña uno de vosotros á Spiohov y queda el
otro aquí.

—Y si os jurase que volveré?

Arnolde no consintió. Pensaba que Skirvillo le ha-
bía derrotado y que el gran Maestro le acogiera me-
jor si traía un prisionero de importancia.

Matzko murmuró:

—Que parta mi sobrino con su mujer, y permane-
cerá aquí.

—Eso es. Y hablémos de lo que vuestro sobrino de-
berá pagar por vuestro rescate y el suyo propio.

—Rescate? Preguntó Matzko. Nosotros hemos cap-
turado al señor De-Lovsh y le hemos puesto en liber-
tad sin hablarle de rescate.

—Aprisionásteis á De-Lovsh? Preguntó Wolfgang.

¿Cómo no le hemos visto por el camino?

Es que marchó á Götters-Verder.

—Mucho dinero le vais á sacar, murmuró Vol-
fgang; me alegro de saberlo.